

## LA RELIGIÓN GRIEGA: DIOSES Y HOMBRES: SANTUARIOS, RITUALES Y MITOS

J. N. Bremmer

Ediciones El Almendro Córdoba (2005)

El autor abre el prólogo haciendo referencia «al mejor estudio que existe sobre una religión muerta», que es, en su opinión, el libro *Greek Religion* de Walter Burkert, publicado en Oxford en 1985. De modo que su tarea, según explica, consistirá en mostrar los avances que se han producido desde que se publicó la obra de Burkert, destacando de modo resumido las nuevas interpretaciones e intentando ofrecer una postura propia en las discusiones científicas que él considera más importantes.

El autor comienza planteándose una pregunta importante a la par que filosófica, «¿Existió alguna vez lo que podemos llamar «religión griega»?». A partir de esta pregunta, y del argumento que expone seguidamente, podemos deducir que no existía un «todo» común al que pudiéramos designar religión griega, como sí lo podemos hacer con la religión católica u otro tipo de religiones. Bremmer dice que la religión estaba presente en todos los aspectos de la vida de los griegos, que no había ninguno con el que no estuviera relacionado, desde que un ser nace hasta que muere, por eso, el ser «ateo» era impensable, de hecho, esta palabra no aparece hasta el final del siglo V a.C., y no aparece precisamente con el significado que entendemos nosotros hoy de «ateísmo», sino otro totalmente distinto. Esta religión es contraria, por ejemplo, al cristianismo, ya que la religión griega era politeísta, y cada uno de sus dioses se ocupaba de un aspecto distinto. Para los griegos era un verdadero peligro adorar a un solo (pág. 19). Los griegos tenían, o mejor dicho, consideraban que era posible «contactar directamente» con los dioses, pues éstos, según la literatura religiosa griega, tenían mucha implicación en la vida de los humanos. Buen ejemplo

de ellos es el caso contado (y cantado) por Homero en la *Iliada*: los dioses luchan junto a los griegos en su el asedio de Troya.

El concepto de «mancha» era algo importante para los griegos: una persona era pura o impura dependiendo de unos límites que ellos se marcaban. Para ellos, la religión lo era todo. Dependiendo de lo que ocurriese se atribuía a un dios o a otro. Bremmer, también afirma que «incluso de ser necesario, había dioses anónimos para asumir la culpa de algo». No poseían ningún libro sagrado, ni ningunas leyes escritas, y tampoco había sacerdote, como los cristianos, ni nada parecido, los ciudadanos podían hacer los sacrificios ellos mismos. Había personas que podían considerarse «especialistas» en religión, aunque también podían hacer creer a los griegos distintas cosas, ya que ellos presumían de ese contacto directo que he mencionado anteriormente, aunque en general los sacerdotes no ejercían gran influencia, al no ser que lo fueran de templos importantes.

Otra característica era el antropomorfismo de los dioses, por lo que había que separar claramente a los divinos de los mortales; en ocasiones se pone a prueba a los dioses. Pero, como es evidente, los que terminan mal no son ellos sino los mortales. Las representaciones de los dioses variaban en ocasiones dentro de un mismo lugar, y como el nombre de las divinidades era el mismo debía completarse, para su mayor precisión, con un epíteto.

Debemos considerar el panteón griego como un todo, como una gran familia. El mejor ejemplo son los doce dioses olímpicos. En época de Homero, los santuarios con templos, estatuas y sacerdotes o sacerdotisas están ya bien señalados. También la arqueología, ha demostrado que estas parcelas de tierra dedicadas a los dioses y a los héroes, también llamadas *témenos* ya comenzaron a aparecer en época oscura, pero que hasta el siglo octavo los primeros templos propiamente dichos no surgieron, esto impidió que todos poseyeran unas características determinadas. Las características del santuario eran el agua, usada para los rituales, un árbol o una piedra, aunque lo más indispensable era el altar. Las estatuas sedentes, eran las que conformaban las diosas en la época arcaica, al contrario que los dioses que se les ponía de pie para representar una actitud más masculina. Otras divinidades por el contrario poseían estatuas abstractas, como por ejemplo Apolo; como estas estatuas estaban en contacto con las «normales» (adjetivo muy bien empleado por Bremmer), tendían a indicar cierta «anormalidad» al culto, por lo que en ocasiones eran consideradas peligrosas, por lo que se las ataba y guardaba y sólo podían sacarlas una vez al año. Lo más común era que los sacerdotes oficiaran para los dioses y las sacerdotisas para las diosas, aunque tampoco ocurría siempre. Básicamente la función de los sacerdotes era realizar los sacrificios y cuidar los tesoros del santuario, pero en los santuarios más pequeños el sacerdote no estaba siempre presente por lo que los fieles podían realizar ellos mismos los sacrificios. La vestimenta de los sacerdotes, muchas veces se parecía a las de los dioses, por lo que en algunas cerámicas, era difícil distinguir quien era el dios y quien el sacerdote. Expone (pág, 57) una visión general sobre donde estaban situados los santuarios; éstos alejados de las ciudades tuvieron su papel más importante en el desarrollo del panhelenismo; otros santuarios también podían deli-

mitar las fronteras del territorio de una ciudad; si ese santuario era importante para la vida religiosa los ciudadanos incluso se desplazaban. Otros, por supuesto, estaban situados en el centro de las ciudades. La ubicación de los santuarios de los héroes no era muy diferente a la de los dioses.

Otro punto a destacar es, que para los griegos también era importante vivir cerca de un santuario, porque así creían que tendrían más contacto con los dioses, que otras personas que vivieran más alejados de éstos. Aparte de las funciones conocidas por todos, tenían otras que hay que destacar: los santuarios incluían edificios temporales y permanentes destinados a las cenas, también los utilizaban para reunirse, pues era propiedad del dios y allí se sentían más seguros, también los utilizaban para albergar a peregrinos. Otra característica es, que los templos podían realizar funciones propias de los bancos como guardar riquezas, ya que allí estarían a buen recaudo. Y por último, y quizá más importante es la función política, las leyes, decretos y tratados eran depositadas en estos lugares. Algunos santuarios, eran especializados: en unos había misterios, en otros cultos curativos, en otros ofrecían oráculos. En otros casos, como los santuarios de Asclepio, se mezclaba la función oracular con la sanatoria.

La mayoría de los santuarios tenían como objetivo principal facilitar a los fieles los sacrificios y las ofrendas votivas, que los griegos hacían para pedir o dar gracias a los dioses por algún favor. Las plegarias, por norma general, consistían en la invocación, interpelación y el ruego. Dentro de las procesiones, la sacrificial, mostraba a todos el valor de la víctima y la piedad del sacrificante; la nupcial, hacía pública la naturaleza oficial del matrimonio, y así muchas otras con distintas funciones. Eran el contexto idóneo para hacer demostraciones simbólicas sobre cuestiones jerárquicas, ya que a ellas asistía gran cantidad de gente, a veces también demostraban humildad. El centro del ritual griego era el sacrificio animal. Las víctimas más estimadas para los sacrificios eran la oveja y la cabra, por lo menos eran los más comunes, aunque había excepciones, ya que había ciertos dioses a los que se les sacrificaba animales o cosas incluso de menos valor, era una forma de reflejar la jerarquía divina. El autor distingue entre rituales de transición y cíclicos. A la edad de diecisiete años, a los niños de las clases más altas, los reunían y formaban así un *agela*, «rebaño de caballos»; según esto, a los niños se les consideraba como animales que tenían que ser domados, sus padres dirigían las actividades, y los pequeños debían realizar actividades físicas y aprender leyes e himnos a los dioses. La última etapa de la educación de estos niños consistía en una ceremonia, en la que a los jóvenes se les despojaba del vestido sucio, esto era un cambio demasiado grande como para darse sólo en un paso. Otro tipo de festivales, de más envergadura, como el de las *Antesterias*, se celebraba durante este mes, probablemente en febrero, duraba tres días, y en estos días se hacían diferentes acciones (pág, 126).

El papel que jugaban los sexos también era muy importante, desde el momento del nacimiento hay una clara diferencia; si lo que nacía era una niña, sus padres colgaban en el marco de la puerta una cinta de lana y si por el contrario nacía un niño se colgaba una rama de olivo; lo que esto simbolizaba esta bastante claro,

las niñas a tejer y ellos como en los juegos olímpicos, a vencer. La mujer casada griega sabía que la religión tenía mucha influencia en el hecho de que la mujer tenía en la misma una escala inferior. Se creía que las mujeres estaban expuestas a la impureza y a la mancha; y no sólo las mujeres, sino también las estatuas de las diosas, que debían ser lavadas más a menudo que las de los dioses-varones. Los hombres tampoco daban mucha libertad a las mujeres, pues en los festivales femeninos todos los actos eran supervisados por ellos. La iniciación de las mujeres era como un tipo de «doma»: lo que había que hacer era domesticarlas como si de un animal se tratara.

El autor también aborda, aunque con brevedad, la religión de Los misterios de Eleusis (pág, 133), que se celebraban anualmente en el santuario de Deméter, duraban algo más de una semana. Tras una procesión desde Atenas hasta Eleusis por la Vía Sacra, y después de realizar ritos de carácter más bien individual, como el ayuno o la purificación, la culminación del ritual era de tipo colectivo y tenía lugar en el edificio central, el *telesterion*. Según el Himno Homérico a Deméter, los participantes en los misterios obtenían dos beneficios, a saber, prosperidad en esta vida y bienaventuranza en el más allá. Al parecer, los misterios órficos y los báquicos pertenecían a al mismo ritual.

En definitiva, el libro de Bremmer es un corto pero exhaustivo acercamiento a la religión de los griegos antiguos. La claridad de la exposición permite ver con claridad qué son conocimientos admitidos por la comunidad científica, y cuáles son las propuestas nuevas del autor (nuevas interpretaciones o nuevas vías de estudio sobre casos particulares). La escasez de obras en español sobre este tema hace más recomendable su lectura.

Elisa García  
Universidad de Murcia